

Chile: lecciones de la transición y desafíos futuros

¿Puede servir al debate en Cuba?

Por SERGIO BITAR



Sergio Bitar

Reconociendo la especificidad de cada país y su historia, las experiencias de otras naciones arrojan lecciones útiles para los líderes políticos y los analistas sociales que aspiran a una mejor democracia, con justicia social y progreso económico. De allí que la revisión de la experiencia chilena de transición a la democracia puede ser de interés en la etapa actual de reformas económicas y posibles reformas políticas en Cuba.

1- Los desafíos de Chile hoy

Al igual que todos los países latinoamericanos Chile encara hoy el triple desafío de profundizar la democracia, reducir la desigualdad y elevar la productividad. El gobierno de Bachelet se ha propuesto un programa

centrado en tres prioridades: Elaborar democrática y participativamente una nueva Constitución, impulsar una gran reforma educacional para elevar calidad y dar acceso más igualitario, realizar una reforma tributaria que genere recursos adicionales para invertir en bienes públicos (educación y salud, principalmente) y disminuir desigualdades.

Para acometer esta tarea se ha conformado la más amplia coalición de centro izquierda de la historia del país, que abarca desde la Democracia Cristiana hasta el Partido Comunista. Ella es sucesora de la Concertación, formada por demócrata-cristianos y social demócratas, que gobernó 20 años (1990-2010, cuatro gobiernos, la coalición gobernante más prolongada en occidente), y que esta vez incluye al PC. Esta coalición se propone fortalecer la sociedad civil y recuperar los vínculos debilitados de los partidos políticos con los movimientos sociales que en los últimos años han adquirido vigor y amplitud. Esta aspiración y el programa son liderados por una mujer, reelegida presidente por 4 años (2014-18).

2- Lecciones de la transición chilena

El nuevo horizonte que se abre es la culminación de procesos anteriores, con sus éxitos y falencias. Para entenderlo y sacar lecciones útiles para otros países es necesario observar la historia reciente y la institucionalidad democrática que construimos entre 1990 y 2010.

El golpe de Estado de 1973 provocó un enorme desgarramiento del alma de Chile. Ocurrió en medio de una intensa lucha social interna y de la Guerra Fría internacional. La política y los políticos no fuimos capaces de conducir el proceso y la división interna creó las condiciones para el golpe. Las consecuencias y secuelas duran y durarán varias generaciones. Quienes vivimos esa experiencia en carne propia tenemos la convicción, que ojalá perdure en la memoria de las nuevas generaciones, que siempre es mejor una institucionalidad que empuje a los acuerdos, que desconfiemos de la intransigencia y de quienes creen poseer la verdad para imponerse y someter al otro. A esa fecha yo era ministro de Minería del presidente Allende, en representación

del partido Izquierda Cristiana. Sufrí un año de prisión política (en un campo de concentración de Isla Dawson, al sur del estrecho de Magallanes) y 10 años de exilio. Se organizaron las fuerzas democráticas y se triunfó en el plebiscito de 1988, abriéndose así una nueva etapa en la historia de Chile.

¿Qué nos ayudó al éxito posterior?

Tres grandes lecciones extraigo de la transición chilena:

Primero, en parte el éxito radicó en la *progresiva conformación de una amplia convergencia* política y social de las fuerzas democráticas, muchas veces antagónicas. Este proceso tomó más de una década (siempre conviene recordar que todas las transiciones son procesos lentos, no eventos espectaculares) y se afincó en valores comunes: derechos humanos, democracia y justicia social. También se compartió una estrategia: poner término a la dictadura sin utilizar métodos violentos. Ese proceso demandó un cambio en nuestros espíritus, para dejar atrás ideologismos y odios y generar confianza mutua. Requirió espacios de diálogo pacientes y persistentes, grupos de estudio, movimientos sociales, de mujeres, trabajadores, estudiantes, profesionales, y un proceso progresivo de organización.

Experiencias similares se registran en todos los casos exitosos de democratización, incluyendo España, Brasil, Sudáfrica y Polonia. Y a la inversa, se constata que aquellos gobiernos autoritarios que no se abren a tiempo para encauzar las aspiraciones de la mayoría de su pueblo, polarizan y destruyen, la incapacidad de dialogar termina por desmoronarlos y genera gran sufrimiento y retraso.

Ayudó a la transición el término de la Guerra Fría. Mientras Estados Unidos apoyó a Pinochet los esfuerzos democráticos y de justicia se dificultaron mucho. Cuando Estados Unidos subordina su política externa a sus pretendidos intereses de seguridad o a cálculos electorales internos obstruye los cambios democráticos. Aun así, en Chile y en otros países que realizaron transiciones, los hechos externos no fueron determinantes y los cambios ocurrieron desde adentro. Sin embargo, la situación cubana no admite comparación, ese país ha sido víctima de un embargo norteamericano brutal, catalogar a Cuba de gobierno terrorista es inaudito, y las consecuencias han favorecido en Cuba a los partidarios de mantener un régimen de privaciones y restricciones.

Debo destacar la enorme labor desplegada por la Iglesia Católica chilena para avanzar hacia un entendimiento nacional. Se erigió en defensora de los derechos humanos, de los débiles y perseguidos por la dictadura, creó la Vicaría de la Solidaridad y contó con el liderazgo potente del cardenal Raúl Silva Henríquez. Otra importante incitativa política fue el llamado a un Acuerdo Nacional (cardenal Fresno) al que concurrieron sectores democráticos y también algu-

nos personeros moderados que habían colaborado con la dictadura. Porque muchos de ellos, por convicción o conveniencia, empezaban a preguntarse qué vendría después, pues se atisbaba el término de esa dictadura. Y algunos de los partidarios de ella comenzaron a girar y a abrir puertas para un entendimiento, buscando aislar a los más intransigentes de un lado y otro. O sea, no solo se trabajó por una convergencia de las fuerzas democráticas, también por un acercamiento a los moderados de la dictadura.

Segundo, obtenido el triunfo en el plebiscito y luego en las elecciones presidenciales las fuerzas políticas y sociales priorizaron lo que unía: *crear una institucionalidad democrática sólida*. Era clave recuperar un sentido de unidad nacional, inclusión, y respeto a los derechos de todos, de los adversarios también, actitud que otorga autoridad moral para iniciar un camino nuevo. La libertad y pluralidad de los medios de comunicación, derechos de la mujer, autonomía real y calidad del sistema judicial para garantizar los derechos humanos y procesar a los responsables de violaciones a esos derechos y de la corrupción, recuperación de poderes para el Parlamento, subordinación de las Fuerzas Armadas (FFAA) a la autoridad civil elegida por el pueblo, descentralización progresiva del poder hacia regiones y municipios fueron objetivos compartidos y cruciales. Las instituciones sólidas evitan o limitan el riesgo del caudillismo.

También se buscó desde un comienzo la reforma del sistema electoral, diseñado por la dictadura para igualar a la minoría con la mayoría, y así bloquear los cambios, pero esta reforma no ha sido posible de realizar hasta hoy. Igualmente importante fue avanzar, a pesar de no contar con la mayoría en el Parlamento hasta 2006, en la aprobación de tratados internacionales que consagran derechos universales y pasan a formar parte de la legislación nacional. Utilizamos intensamente el diálogo y la gestación de consensos políticos para lograr, aunque lentos, importantes cambios.

No fuimos capaces en Chile de hacer una nueva constitución desde el comienzo, y tuvimos que ir consensuando reformas sucesivas, del sistema de elecciones municipales, autonomía de los poderes del Estado, reforma del sistema judicial, subordinación de los militares a la autoridad civil, avance en los derechos ciudadanos, término de los senadores designados y de la inamovilidad de los comandantes en Jefe de las FFAA. Todo ello fue realizado paso a paso, “en la medida de lo posible.” Pero los límites de lo posible fueron desplazándose, en la sociedad y en el corazón de la gente.

Hoy es materia de crítica de sectores más radicales el que no se avanzara más rápido, desconociendo las posibilidades reales en esos momentos históricos, y la conveniencia de ganar cada espacio, sin maximalismos, que al final son un puro testimonio improductivo y frustrante. Los temas maduran en la sociedad y hoy, a

más de 20 años, se han acumulado las fuerzas sociales y políticas para acometer la redacción de una nueva Constitución.

Tercero, enfrentados al aislamiento internacional que legó la dictadura con su tremenda deuda externa y a la miseria de grandes mayorías (según CEPAL, 40 por ciento de los chilenos vivían bajo la línea de pobreza) se articuló una estrategia que denominamos “*crecimiento con equidad*”. La democracia debía demostrar capacidad para superar problemas, mejorar las condiciones de vida de los más pobres y disipar los temores propagados por sectores de derecha de populismo, inflación y fuga de capitales. Se puso en marcha un plan de reducción de la pobreza, apoyado en políticas sociales, y se incentivó a la pequeña y mediana empresa, para generar empleo y elevar la inversión nacional y extranjera. La pobreza bajó radicalmente y, con los años se ha ido articulando un sistema de protección, inclusión social.

La economía también se reforzó con la más amplia red de acuerdo de libre comercio con América Latina, Europa, Estados Unidos, China, Japón, Otras naciones de Asia y una importante inversión en infraestructura para disponer de unos servicios indispensables para el comercio exterior. La idea compartida por economistas de distintos sectores políticos es que un país de 17 millones de habitantes no puede sustentar su crecimiento en la economía cerrada y que para crecer debíamos ampliar nuestros mercados en el exterior y especializarnos en ciertas producciones. También teníamos amplio acuerdo en que sin crecimiento no se lograría sostener una política social estable. El sector privado se alentó para levantar la inversión y generar empleo, pero simultáneamente se fortaleció la capacidad reguladora y fiscalizadora del Estado. Sin un adecuado equilibrio entre Estado y mercado no es posible lograr crecimiento con igualdad y sustentabilidad. Aún nos falta mucho en Chile como en el resto de América Latina.

3- ¿Cuáles fueron las principales falencias?

Chile progresó enormemente en democracia, pero también acusó falencias importantes, que contribuyeron a la derrota electoral de la Concertación en 2010, y al triunfo del candidato de la derecha. La derrota electoral de 2010 fue ajustada (48,5 vs 51,5 por ciento), cifra no menor después de 20 años de gobierno, pero derrota al fin.

Dos han sido las principales falencias.

Primero, los ciudadanos adquirieron conciencia de sus derechos, a medida que el miedo aflojaba y la democracia se asentaba, y la institucionalidad no evolucionó a la misma velocidad. La sociedad chilena, con más educación, mejores ingresos y medios tecnológicos de comunicación nunca vistos, se apropió de sus derechos y crecieron las expectativas, pero las

instituciones no se renovaron para encauzar las nuevas demandas de participación. A pesar de sucesivos intentos, bloqueados por las fuerzas conservadoras, las reformas propuestas al Congreso no fructificaron. Ello afectó a la Concertación. Además, los partidos se fueron distanciando de la sociedad, perdiendo sintonía con las aspiraciones nuevas; los jóvenes se alejaron progresivamente de los partidos. Los partidos volcaron sus energías al gobierno, el Parlamento y los municipios, y descuidaron las funciones de mantener el vínculo con organizaciones sociales, formar dirigentes, captar líderes sociales, debatir las opciones y reflexionar estratégicamente, más allá del periodo de gobierno.

Si bien de las sucesivas reformas sociales destinadas a favorecer a los sectores de menores ingresos, dieron frutos, la desigualdad apenas disminuyó. Los sectores medios emergentes van demandando más bienes públicos de calidad y más fiscalización y regulación del mercado para combatir los abusos. Estos dos procesos, insatisfacción por la falta de participación y por la desigualdad afectaron a la Concertación y favorecieron al candidato de la derecha, que ofreció más eficiencia.

Pero el gobierno de derecha no supo leer la nueva situación nacional. Afloró un potente movimiento estudiantil a favor de cambios en el sistema educativo y un papel mayor del Estado en los temas sociales. Y a ello se adhirieron otros sectores.

4- ¿Qué cambios vienen y cómo prepararse?

Normalmente, el debate político-económico en los países latinoamericanos se focaliza casi exclusivamente en factores nacionales, desconociendo consideraciones globales.

A lo menos tres tendencias globales marcarán el futuro en cada uno de nuestros países, que debemos anticipar para dar gobernabilidad.

La primera es una “*revolución de derechos*” que se extiende en todas las sociedades, con distinta intensidad. Ellas son lideradas por jóvenes, profesionales, trabajadores, organizaciones de mujeres para la igualdad de sus derechos. Las tecnologías de comunicación se expanden exponencialmente y desafían las formas de gobierno verticales o autoritarias. Ello obliga a reformar las instituciones y crear nuevas que abran cauce a la participación, a la descentralización y al poder local.

La segunda tendencia es el *acelerado cambio tecnológico*. Todas las naciones concentran su atención en la innovación, investigación y educación, para no quedar rezagadas, exportar bienes y servicios con mayor valor agregado, elevar la calidad de la educación técnica y superior, realizar más investigación tecnológica vinculada a empresas productivas. El rápido avance de países de Asia en todos estos frentes, que nos está superando con creces, es una referencia obligada para

los latinoamericanos. Aislarse condenaría a mantener pobres niveles de desarrollo y bienestar.

El rezago tiene solo una corrección: adecuada inserción en la economía mundial, con un papel importante, aunque más regulado, de la iniciativa privada. El despliegue de una economía mixta es la forma contemporánea de gestión del sistema económico que produce más bienestar. A su vez es un requisito para la democratización. Un sistema político manejado enteramente por el Estado elimina las bases de autonomía personal para ejercer las libertades. A su vez, una mayor liberalización económica, podría abrir paso a la liberalización política.

Una tercera tendencia es la creciente demanda y la consiguiente potencial escasez de recursos naturales, especialmente energía, agua, alimentos y minerales. Dicha demanda se elevará con la continua expansión de las capas medias en China y en el resto del Asia. Probablemente se mantendrán precios altos de tales recursos naturales, y se acelerará la innovación en tecnologías verdes, para reducir compras de combustibles y la inseguridad alimentaria. Mirar a futuro obliga a incorporar estos temas estratégicos a los planes económicos y políticos y anticiparse a estas transformaciones. El aislamiento incrementa los riesgos de desadaptación.

5. Urge innovar en la forma de gobernar

Las tendencias mencionadas anticipan la posibilidad de un aumento de conflictos internos en los países.

¿Cómo evitar esos escenarios? La clave está en el diálogo político y social, la identificación de horizontes comunes y el desarrollo de confianza mutua en el marco de una institucionalidad capaz de encauzar las diferencias y armonizar las aspiraciones de unos y otros y de ellas con las posibilidades de satisfacerlas.

Cuando se llega a momentos críticos, la solución dialogada ocurre cuando ambas partes entienden, después de años de confrontación, que ninguno puede imponerse al otro, que debe respetarse la voluntad de la mayoría y protegerse los derechos de las minorías, y que el mejor camino es la democracia, con procedimientos transparentes. Cuando se sigue el camino de la confrontación, al final se desemboca en la violencia o en la decadencia crónica. Es lo que observamos en varios países árabes que han retrocedido en sus intentos de democratización por diferencias étnicas, religiosas o ideológicas que lucen irreductibles.

Hay que trazar otros caminos para encarar la demanda por más derechos e igualdad. A través de la construcción de instituciones más abiertas que garanticen igualdad de oportunidades, mediante la construcción de un “consenso suficiente” (concepto acuñado en Sudáfrica) y de una economía mixta que aproveche el esfuerzo y la creatividad personales en un marco bien definido por el Estado.

La globalización ha cambiado el concepto de autonomía nacional, y obliga a hacer alianzas nuevas, vincularse con otros, preservando por cierto la identidad nacional. La economía global está regida por normas de mercado reguladas, a las cuales se adscriben todos los países, siendo China un ejemplo destacado. No es posible aislarse, y toda integración supondrá más apertura económica. Soberanía y nacionalismo son conceptos que deben adaptarse y no pueden ser sinónimo de aislamiento. La identidad nacional o regional tomará diversas formas en la pluralidad y la multipolaridad. Globalización no significa necesariamente homogeneización o simple subordinación a la cultura de otra potencia hegemónica. Las nuevas generaciones miran el mundo de otra manera y a ellas hay que abrirle paso.

Para navegar en un mundo multipolar la integración latinoamericana será más necesaria. Pero ella deberá basarse en valores comunes de democracia, justicia social y capacidad de innovar. Las fuerzas de la globalización, así como la comunidad cultural y la similitud de problemas en América Latina, apuntan a una convergencia de valores, problemas y soluciones y, por tanto, a la necesidad de actuar conjuntamente en economía y sociedad globales, así como diseñar proyectos comunes de inversión. El intercambio de experiencias y de las mejores prácticas en las políticas públicas es un espacio que se debe desarrollar en la región.

Estamos ante desafíos nuevos que exigirán innovación en las formas de gobernar, la organización de los partidos políticos y de la sociedad civil.

Esperamos tener esa capacidad en Chile y que las experiencias pasadas y futuras puedan servir, en parte, al debate actual de los cubanos. Este debate debe estimularse intercambiando experiencias. Este debate debiera ser estimulado por universidades y centros de los países latinoamericanos, también con apoyo de terceros países.